

33er Domingo Ordinario B/2012

Las lecturas de este domingo nos hablan del final de los tiempos. Muestran que el mundo, como lo conocemos, tendrá un fin. Por lo cual, nos invitan a prepararnos para el retorno final del Señor.

La primera lectura describe en un lenguaje simbólico el final de los tiempos. Muestra que cuando llegue ese día, Miguel, el príncipe de los Ángeles de Dios, se levantará y juzgará al mundo. Muestra también que ese día será un tiempo de angustia para todos los habitantes de la tierra, pero el pueblo de Dios se salvará. Durante ese día, los sabios brillarán como las estrellas y los malhechores sufrirán el castigo.

Lo que este texto nos enseña es que el mundo es frágil. En este sentido, nada en la tierra es eterno, porque un día el mundo y todo que el contiene tendrá un final. Otra noción que tenemos es la resurrección de los justos y el castigo de los injustos.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy y la manera en qué Jesús habla del final de los tiempos. En primer lugar, el Evangelio comienza con el discurso de Jesús a sus discípulos. En este discurso, Jesús dice que el final del mundo será un tiempo de una gran tribulación donde los elementos de la tierra como la luna, las estrellas y los poderes de cielo caerán del cielo. Ya que Jesús habla del retorno del Hijo del Hombre con gran poder y majestad. Cuando venga, él enviará a sus ángeles a congregar a sus elegidos desde los cuatro puntos cardinales del mundo.

A fin de darles una idea de lo que pasará, él les da el ejemplo de la higuera cuyas ramas anuncian el verano. Para Jesús, esta generación no pasará sin que esas cosas se cumplan. Aunque el cielo y la tierra pasen, sus palabras no pasarán.

Finalmente, Jesús termina su discurso con el anuncio del secreto de su Padre en el sentido de que todo de qué él habla depende de su padre solo y de nadie más.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero es la verdad sobre el fin del mundo. Cuando miramos la historia humana, nos damos cuenta de que el mundo siempre ha existido. Ha existido en el pasado; existe ahora y, muy probablemente, existirá mañana. Por ejemplo, somos los niños de nuestros padres, que, por su parte, son niños de sus propios padres que son nuestros abuelos. Nuestros abuelos son niños de sus propios padres que son nuestros tatarabuelos, etc.

Tal observación nos da la impresión de que estamos en un ciclo perpetuo de la muerte y nacimiento que caracteriza nuestra genealogía: de nuestros padres hasta nuestros abuelos. La misma lógica funciona cuando la gente se casa. Todos esperan ser padres y hasta abuelos. Esa perspectiva nos da la impresión de que el mundo es eterno, que lo que fue en el pasado será también en el futuro.

La verdad, sin embargo, es que el mundo tendrá un día a un final. Por eso Jesús dice que podrán dejar de existir el cielo y la tierra, pero no sus palabras. Aun Jesús describe los signos que preceden a su vuelta, no los debemos tomar literalmente como los fundamentalistas lo hacen. No tratamos con un acontecimiento material que se predice según las leyes de la física del universo, sino con un acontecimiento espiritual que

supera la historia humana y sus leyes. Esta es la razón por la que Jesús dice que nadie conoce el día ni la hora del fin del mundo, excepto su Padre.

Si es cierto, entonces, lo que se requiere de nosotros es estar vigilante hasta el retorno del Señor. Lo que es importante en esa perspectiva no es de conocer el tiempo del retorno, sino mantener una buena actitud hasta el Señor retorne. Nuestra fidelidad al Señor y la preparación de nuestros corazones son lo más importantes que podemos hacer.

El segundo punto que quiero destacar, es en cuanto al final del tiempo desde la perspectiva histórica. ¿Qué quiero decir con esto? De hecho, cuando explicamos la historia, nos referimos a tres momentos importantes que son el pasado, el presente y el futuro. Nuestra vida tiene sentido sólo cuando nos referimos a estos momentos.

El pasado es sobre las cosas que son atrás de nosotros y que no podemos cambiar. Quizás podemos aprender algo del pasado, pero nos podemos cambiarlo. El presente es sobre las cosas que podemos controlar y que tratamos ahora mismo. Podemos dar a nuestro presente una buena o una mala orientación, porque está todavía en nuestras manos, aunque no podemos controlar todo. El futuro es desconocido para nosotros y sobre todo imprevisible, aunque podemos imaginarlo y esperarlo considerando las tendencias que tenemos en el presente.

Teniendo en cuenta esta perspectiva histórica, tratamos de comprender el retorno de Jesús. La primera venida de Jesús se refiere al pasado de nuestra fe, pero es un pasado que nos compete hoy porque somos discípulos de Jesús. Como ser los nietos de nuestros abuelos que ya no existen, pero cuya existencia pasada da el sentido a nuestra vida hoy.

Puesto, Jesús no vino sólo hace dos mil años. Él viene cada día, viene hoy. Como dice el libro del Apocalipsis (3: 20), “Mira, Yo estoy llamando a la puerta; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaremos juntos”. Si esto cierto, entonces, nuestro problema hoy es el reconocer la presencia de Jesús que viene a nuestro encuentro. Hoy es el tiempo de nuestra preparación para el momento final de la vuelta de Jesús. Si no podemos acercarnos a él hoy, será difícil de acercarnos a él en su venida final.

Finalmente, el momento último de su venida en el futuro es desconocido. Lo que hacer es esperarle con paciencia y fidelidad, de modo que cuando él venga, pueda encontrarnos preparados. Recemos, entonces, para que el Señor pueda darnos la gracia de mantenernos vigilantes hasta que le encontremos en su venida final. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Daniel 12, 1-3; Hebreo 10, 11-14. 18, Marcos 13, 24-32



Fecha de la Homilía: el 18 de Noviembre, 2012

© 2012 – Fr Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20121118homilia.pdf